

desobediente y contumaz, que a título de devoción, inventa malas doctrinas, andando fuera de clausura, contra el orden del Concilio Tridentino y preladados, enseñando como maestra, contra lo que San Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñasen».

Y no deja de tener Segura en su furiosa inyectiva algún viso de razón.

Pero viso nada más, porque, en realidad, se equivoca, y muy mucho. Ha llegado Teresa a madurez, a esa plenitud espiritual, a las séptimas Moradas del místico castillo. Sólo por haber en ellas vivido, puede pulcramente describirlas. Ha llegado, en resumen, a lo que ya San Bernardo, comentando a sus monjes el Cantar, llamó místico matrimonio con el divino Verbo.

Pero el alma así maridada no puede menos de ser fecunda en obras que redunden al exterior en forma de apostolado. Que no andan reñidas contemplación y acción, María y Marta, sino bien unidas como hermanas que son. El fuego quema y luce aún a lo lejos.

Teresa explicará esto mismo a sus Descalzas en las séptimas Moradas, diciendo que, por de pronto, se debe irradiar en torno suyo, con las mismas de casa, luego por fuera, aunque siempre dentro de las posibilidades de la vocación de cada cual y sin lanzarse a quijotescas aventuras. No marchan a las Américas en busca de quiméricos Dorados. Quisiera, eso sí, ser hombre, y con ello tener abiertos ante sí horizontes de conquista vedados a flacas mujeres.

* * *

La Reforma Carmelita comienza en el mismo Avila con la fundación del monasterio de San José, en 1562. Por ser el primero de todos los que luego han de seguir, siente mayores dificultades y general contrariedad.

Pero esta mujer, magnánima como pocas,

nada la intimida. Va rectilínea a su blanco, tiende al ideal como aguda saeta, «así le vaya en ello la vida, así se hunda el mundo». Si de bien asesorada, comprende que Dios lo quiere, El lo conseguirá, ayudando y esforzando en el empeño a sus frágiles instrumentos humanos.

Entretenida más de lo que calcula y quiere en estos difíciles comienzos, Teresa reanuda sus fundaciones de Descalzas, cinco años después, llegando a Medina del Campo con intento de fundar el día de la Asunción precisamente, cuando el pueblo celebra con el griterío y peripecias habituales el encierro de los toros, con riesgo de que la justicia encierre en la cárcel a la extraña comitiva monjil y clerical que tímidamente y clandestinamente penetra en la ciudad, emporio comercial de Castilla.

Poco después, quiere Teresa enjambrar de nuevo, y, desandando el camino, desciende al centro de la Mancha, y funda en Malagón.

Antes de pasado el año, marcha de Avila al próximo Duruelo, en donde quedan pronto establecidos en la mayor pobreza el primer convento de Descalzos y uno también de Descalzas.

Al año siguiente, 1569, cruza de nuevo los montes berroqueños y funda en Toledo, desde donde pasa luego a Pastrana, donde pone asimismo dos conventos, el de frailes y el de monjas de la reforma.

De Guadalajara regresa a su querido nido de San José, saliendo a los pocos meses para fundar en Salamanca, pese a la rabia del diablo, quien empuja a Teresa escaleras abajo, con riesgo de matarse.

A los tres meses llega a Segovia, y al año está en Beas (Jaén), pasando de allí a Sevilla, donde arrecia su lucha, pareciéndole que el demonio anda más suelto por tierras de Andalucía que por otras de España.